



La Bendición Sacerdotal

“El Señor habló a Moisés diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: El Señor te bendiga, y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”. (Nm6:22-27).

Este texto de Números capítulo 6 se conoce como la bendición sacerdotal o aarónica. El sacerdote Aarón, hermano de Moisés, y sus hijos ministraban al pueblo usando esta bendición. Nosotros, la iglesia, la asamblea de creyentes en Ieshúa, nuestro Sumo Sacerdote, tenemos Su sacerdocio. El apóstol Pedro lo dice con palabras precisas: “somos linaje escogido, *real sacerdocio*, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1P2:9). Nuestro llamado es anunciar las virtudes del Señor, poner el nombre del Señor sobre todos los mortales. De esta forma colaboramos en la expansión del Reino y traemos gloria a su nombre.

Así como el sacerdote hebreo cantaba la bendición tras los sacrificios de la mañana y la tarde, en tiempos del 2do Templo, destruido en el año 70DC, Ieshúa resucitado levanta sus manos y bendice a los discípulos en Betania (Lc24:50), quizá cantando sobre ellos la misma bendición sacerdotal, pese a no ser de la tribu de Leví, pues recordemos que como Mesías Rey, él debía ser descendiente de la tribu de Judá. Sin embargo, el sacerdocio del Mesías Príncipe de acuerdo a la Escritura, es del orden de Melquisedec. Jesús se desliga del linaje levítico y al tiempo que lo incluye, lo trasciende, ya que Abraham —el padre de la fe—, fue ministrado por Melquisedec. Desde ese lugar a Ieshúa también le cupo esta función, pese a no ser de la tribu de Leví. Él es sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec (Sal110:4). Y desde ese lugar, por extensión, a todos sus discípulos ella nos cabe al presente. No por ser descendientes del linaje de Leví, sino por ser discípulos de nuestro Señor, sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec.

Hagamos historia y analicemos el valor numérico, los verbos y los sustantivos contenidos en la bendición.

En 1979, el arqueólogo israelí Gabriel Barkay, de la universidad de Bar Ilán, realizó una excavación en las cuevas de Ketef Hinom, al suroeste de Jerusalén, en donde encontró dos pequeños rollos de plata con la inscripción del nombre de Dios (el Tetragrama). Veinticinco

años más tarde, investigadores de la universidad del Sur de California, confirmaron la datación de los pequeños amuletos para finales del siglo VI AC y descifraron su contenido: el texto de Birkát HaCohaním, la bendición de los sacerdotes que aparece en (Nm6:24-26).

El hallazgo en cuestión constituye el texto bíblico más antiguo con que contamos (4 siglos anterior a los rollos del Mar Muerto, que son los más antiguos hasta ahora), y se remonta al tiempo de la monarquía en Israel. Desenrollar la hojilla de plata llevó a los arqueólogos tres años de ardua labor.

La bendición sacerdotal de Números está dividida en tres versos, cada uno de los cuales contiene una cantidad mayor de palabras en hebreo, tres el primero, cinco el segundo, y siete el tercero –el número de Dios, *súmmum* de espiritualidad. Ello simboliza que la Gracia del Padre va en un crescendo sobre la vida de sus hijos. La vida tomada de su mano y el cumplimiento de sus propósitos es un proceso, un camino en ascenso. “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Pr4:18).

Dios es un Dios integral, y en el idioma hebreo, cada letra del alfabeto se asocia a un número. La interpretación relacionada a los números equivalentes de cada letra, así como el valor numérico de las palabras enriquece la interpretación más convencional que podemos hacer de un texto, por eso lo voy a compartir.

Podemos observar, en el caso de la bendición aarónica, que el segundo verso posee 2 palabras más que el primero, y el tercero 2 palabras más que el segundo. Cuál es la segunda letra del alfabeto y que tiene un valor numérico de 2: la Bet, que representa la casa. Esta bendición se experimenta en la casa de Dios, si pertenecemos al cuerpo.

Por otro lado, pensando en la cantidad de letras contenidas en la bendición aarónica, 15 letras son las que constituyen el 1er verso, 20 el 2do, 5 letras más; y 25 el 3ero, 5 letras más aún. 15 letras 20 letras 25 letras. Cuál es la quinta letra del alfabeto y que tiene un valor numérico de 5: la Hey, que representa la espiritualidad. El Espíritu de Dios, el Rúa'j Ha Kódesh es el contexto para esta bendición. La Presencia del Espíritu de Dios es el don más precioso sobre la vida de un ser humano.

En cuanto a los vocablos contenidos en la bendición, el análisis etimológico enriquece la valoración del mensaje que el Cielo nos prodiga. Bendecir, guardar y resplandecer son sus tres verbos claves; en tanto los tres sustantivos son: el rostro de Dios, su misericordia y su paz.

levarejejá, láué, veishmeréja. “El Señor te bendiga y te guarde”. Literalmente el hebreo expresa: el Señor te bendecirá y te guardará. Es una acción firme de parte de Dios sobre nuestra vida. Él lo hará. *Baráj* o bendecir nos habla de declarar la Palabra, de pronunciarla. El Padre quiere decretar bendición sobre nuestra vida, de lo cual debemos aprender en nuestro rol de sacerdotes. Hay poder en nuestras palabras para bendecir o maldecir.

Así lo enseña el Maestro en el Sermón del Monte a sus congéneres judíos: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos”

(Mt5:44,45a). En ese sacro ejercicio de bendecir a quien nos maldice, quebramos las maldiciones contra nosotros proferidas al tiempo que damos cabida al Padre para bendecir la vida del prójimo. No es fácil, pero es lo que corresponde:

Los entendidos en hebreo explican que el término bendecir deriva de la raíz “bérej”, o rodilla, y remite a la costumbre de hacer arrodillar a los niños para bendecirlos. En la antigüedad los niños se arrodillaban, los papás les imponían las manos y oraban por ellos. De igual modo Dios nos quiere bendecir; y nosotros a su vez, como sacerdotes, debemos tener este amor para con el prójimo.

Es la función más trascendental que como a hijos nos cabe: rendirnos al Padre como un sacrificio vivo y entregados en sus manos cumplir su propósito: vivir la verdad de la Palabra y proclamarla sobre otros (Ro12:1). Recibir la luz, para ser luz.

Nuestro segundo verbo es *shamar*, o guardar. En contraposición al griego, la lengua racional y precisa de los antiguos manuscritos del Nuevo Testamento, el hebreo es conceptual, poético, exuberante y práctico. El verbo al que traducimos por “guardar” reviste muchas otras acepciones: que el Señor te vigile, te observe, te ponga a un lado para cuidarte, te establezca, te vuelva seguro en Él; te transforme en alguien equilibrado y confiado; y te marque. Es como estar sellados para Dios. Somos de Él y nada ni nadie nos pueden separar de su lado en tanto no optemos por ello. “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro8:35).

Tenemos además la certeza que el Señor mismo, sentado a la derecha del Padre intercede para que seamos guardados del mal. Él lo prometió (Jn17:15b). Sin embargo, no se nos garantiza un camino de rosas ni que se nos va a quitar del mundo para que no suframos: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil1:29). Como siervos del Altísimo no vivimos en una burbuja, alejados del dolor; pero sí somos protegidos, guardados en medio del dolor. No se nos dice, por ejemplo, que nunca vamos a enfermar, pero sí que él nos sustentará sobre el lecho, y mullirá nuestra cama (Sal 41:3). El proceso de guardar implica así una transformación en nuestra personalidad, la cual nos vuelve hijos centrados y maduros, en constante crecimiento.

laér láué, panáv eléjájá vijunéja. “El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia”. Resplandecer es nuestro tercer verbo: or, el cual también reviste otras acepciones en el original hebreo: que el Señor brille en ti, te de luz, te encienda. El Señor no sólo quiere resplandecer sobre nuestra vida, alumbrarnos, guiarnos; él anhela que nuestra vida esté encendida para él. Que caminemos en su verdad, que a él nos consagremos. De esa forma iluminaremos con su llama al mundo y brillaremos como el precioso metal.

En este mismo verso descubrimos el sustantivo *panim*, o rostros, que cuando leemos la bendición aparece como “panáv” por la estructura de la oración. Es una palabra que sólo existe en su raíz en forma plural y nos habla de la multiforme gracia del Altísimo, de las diversas maneras en las que se manifiesta a nuestra vida, de sus diferentes dimensiones, de su creatividad y del respeto que tiene hacia los variados aspectos de nuestra personalidad, de los cuales todos él se ocupa. Pablo y Pedro nos hablan del asunto en sus cartas: “Para

que la **multiforme** sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef3:10); Y: “Cada uno, según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la **multiforme** gracia de Dios” (1P. 4:10).

YO SOY atiende a la vida de sus hijos de manera integral. La cultura judía celebra la vida, en contraposición a las posturas ascéticas de otras religiones, como si uno pudiera ser más santo por padecer más o tener más privaciones. El Padre hace resplandecer su múltiple gracia sobre nosotros y fluye, desde lo espiritual sí; pero también desde lo intelectual, los sentimientos, la vida relacional, de pareja y amistad; la vocación, el desarrollo de las artes, las ciencias, las letras y el cuidado del cuerpo. “De cierto os digo, que no hay ninguno que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna” (Mr10:29,30). Dios nos provee de todo, no sólo lo espiritual. Esa es su multiforme gracia, esos son sus rostros, sus Paním.

El cuidado de Jesús por satisfacer diferentes tipos de necesidades en sus seguidores reafirma esta concepción. Él sana enfermedades del cuerpo y del alma; devuelve a las personas la autoestima; se preocupa por sus necesidades básicas –como en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces (Mt14; 15). La conversión del agua en vino en las bodas en Caná de Galilea también nos habla de esto (Jn2). Antes de morir, a Juan le dice: “He ahí tu madre”, y a María: “He ahí tu hijo” (Jn19:26,27). Sana a la suegra de Pedro (Mr1:30,31). Comparte la mesa con los ricos y con los pobres, con los fariseos y las prostitutas (Mr2:13-17; Lc7:36-50). Desarrolla el costado espiritual del hombre mediante sus notables enseñanzas, asistiendo al templo, participando de las reuniones en la sinagoga y leyendo la Escritura (Lc4:16).

El Padre en sus múltiples formas, paním, rostros, manifiesta la bendición sobre nuestra vida; y nosotros como sacerdotes procuramos esa bendición a todo nivel sobre la vida del prójimo. Que sea mejor moralmente, sí; que conozca a Dios a fin de volverse más espiritual, por sobre todo; pero además aspiramos a su desarrollo en todos los órdenes de su existencia. Una vez más advertimos el paralelo entre la función sacerdotal y la parental. Un padre o una madre creyente no sólo instruye a su hijo en la Palabra de Dios, sino también se supone atiende las otras inquietudes que el niño tenga, proveyendo para su desarrollo –en el campo artístico, científico, social, y de cuidado del cuerpo. Vivir esta realidad evidencia a los seres humanos en el mundo y a los ángeles, los principados y las potestades en los lugares celestiales, lo que es la multiforme gracia de Dios, lo que el resplandor de sus rostros logra, sobre la vida de sus hijos.

La misericordia es el segundo sustantivo subyugante en la bendición sacerdotal. El Señor apuesta a la potencialidad de sus hijos, a su prometedor futuro más que su pobre presente. Todo lo que Él requiere es la disposición de nuestro corazón. Nosotros también debemos creer en nuestro prójimo, en lo que puede llegar a ser en manos del Padre.

El concepto de misericordia es vital para la cultura judía. *Tzedék*, justicia o rectitud, es un término que va de la mano con *tzedaká*, que es la justicia manifestada en el amor al

prójimo, en el ejercicio del bien, en la caridad. Para la cultura hebrea no hay justicia sin misericordia, concepción que Ieshúa recoge en la expresión: “Lo más importante de la ley: la justicia, (tzedék) la misericordia, (tzedaká) y la fe” (Mt23:23b). El consabido dicho: “ojo por ojo, diente por diente” es a menudo mal interpretado. Los entendidos en judaísmo explican que no se trata de devolver con la misma moneda, sino equiparando el daño causado desde nuestras posibilidades. El Señor es misericordioso, e iguales a Él, como comisionados sacerdotes somos en este aspecto, juzgando a nuestro prójimo a la luz de lo que en potencia puede llegar a ser en las manos del Padre.

Isá láué panáv eléjá veiasém lejá Shalóm. “El Señor alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz”. “Ponga” (establezca de forma permanente) en ti paz. *Shalom* es un término inclusivo del concepto de paz, sí; pero que también abarca la idea de estar a salvo en mente, cuerpo y alma; en un todo. El término adiciona la conceptualización de reparar o restaurar. No se trata sólo del bienestar producto de tener las necesidades básicas satisfechas, sino de haber sido sanados por él, desde lo más profundo de nuestro ser. Se trata de haber sido restaurados por él, quien nos devuelve la imagen de la persona que fuimos destinada a ser y la que el enemigo intenta desvirtuar de manera constante –con el fin de destruirla–, desde el momento en el que somos concebidos en el vientre de nuestra madre. La reconciliación con el Padre que el sacrificio del Mesías obró para nosotros en el madero, logra este estado de restauración. Todos estos significados son los que el término paz incluye. Esa es la clase de paz que el Padre tiene para nosotros; la que el mundo no da. Esa es Su paz, la restauración del diseño original. Y esa paz, ese “Shalom” se espera trasmitamos al mundo.

Al cumplir nuestra función sacerdotal y proclamar estas verdades sobre la vida del otro, la bendición se desata de manera inimaginable. Bendito sea el nombre de nuestro Dios. Bendito el que viene en el nombre del Señor: nuestro amado Ieshúa. Pongamos su nombre sobre las vidas de los seres a nuestro alrededor y vivamos de modo tal que ellos anhelan verse reflejados en nuestro espejo y comprendan su propio llamado sacerdotal.

La función del sacerdote levita era poner el nombre de Dios sobre la casa de Israel; la nuestra como sacerdotes del Mesías, del orden de Melquisedec, de un nuevo orden hoy; es poner el nombre de Dios sobre todos los hombres, sean judíos o gentiles.